

ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA

PALABRAS LIMINARES

PARRAFOS DEL DISCURSO PRONUNCIADO POR EL LIC. MANUEL DE JESUS TRONCOSO DE LA CONCHA, PRESIDENTE AD-HOC EN EL ACTO ACADEMICO CELEBRADO EN HONOR DEL HEROE EL DOMINGO DIEZ DE SEPTIEMBRE.

El Académico Troncoso de la Concha, dirigiéndose a la concurrencia dijo: que había recibido de parte del Presidente de la Academia el honroso encargo de presidir el acto con que ésta conmemoraba el natalicio de Luperón. "El amado Maestro — dijo — no ha podido concurrir a este solemne acto por hallarse quebrantada su salud y, más que por éso, por el casi siglo que pesa sobre su vida, excepcionalmente útil y ejemplar para la sociedad dominicana. El, sin embargo, está entre nosotros, como dijo Jesucristo, en espíritu y verdad, y desde la soledad de su retiro se halla a la cabeza de nosotros en este momento en que exultamos la memoria del insigne hijo de Puerto Plata a quien tanto debe la República la readquisición de su independencia. Si la ausencia del dilectísimo Maestro me produce una amargura grande, debo confesar, en cambio que la circunstancia de ocupar este sitio en el día de hoy es para mí motivo de satisfacción muy honda, no sólo como dominicano, sino porque yo lacté en el seno de mi madre el amor a Luperón y a sus altas cualidades de dominicano, de patriota, de hombre. Cuando era niño, escuché de labios de mi madre, en repetidas ocasiones, cuando se hacía referencia justa o injusta de Luperón, estas palabras: "Dios en los Cielos y Gregorio en la tierra".

Después, el Lic. Troncoso de la Concha hizo un esquema de la personalidad histórica de Luperón, refiriéndose a los días de su infancia; a cómo se levantó por obra de su propio esfuerzo; su actuación desde los días en que Santo Domingo fué reincorporado a la monarquía española hasta la retirada de los ejércitos de ésta; su labor después del restablecimiento del gobierno independiente; su influencia decisiva en la marcha de la política, de la cual llegó a ser en ocasiones árbitro supremo por su posición preponderante en el Partido Azul, del cual salieron estos presidentes que él había recomendado: Ulises Francisco Espaillat, Fernando Arturo de Meriño y Francisco Gregorio Billini; su enfrentamiento a las tiranías, singularmente su patriótica oposición a todo cuanto pudie-

ra desmedrar la soberanía e independencia de la República; y finalmente a sus últimos días, que fueron tan amargos a causa de la implacable enfermedad que lo llevó al sepulcro.

En diversos párrafos de su peroración, el señor Troncoso de la Concha se contrajo a la manera cómo apareció Luperón en el escenario de la vida dominicana, cual un bólido que se desprende fulgurante del firmamento, de manera inesperada y sorprendente, para trazar una trayectoria luminosa, sin que los ojos deslumbrados de los circunstantes supieran de dónde había salido, ni quién era. "En mi juventud le oí relatar a don Jorge Curiel, prominente hombre de Puerto Plata, que en los días de la guerra de Restauración él escuchaba hablar del General Luperón a cada instante y comentar sus proezas como de un héroe legendario. Vanamente pedía informes acerca de quién era ese General Luperón que tanto asombro despertaba y su confusión era extraordinaria cuando le decían que Luperón era de Puerto Plata y que era muy raro no le conociese. Cuando las tropas españolas se retiraron de Puerto Plata, y los restauradores se dispusieron a entrar, don Jorge experimentó una alegría grande al pensar que, por fin, iba a conocer a Luperón. En efecto, desde que los primeros soldados restauradores penetraron en la ciudad los víctores más estentóreos eran para la República y para el General Luperón. El presenciaba con muchas otras personas el desfile del ejército libertador. Cada vez que por delante suyo pasaba un jefe, inquiría si ese era su héroe. Le contestaban negativamente. Por último se presentó un grupo de jefes y oficiales a caballo. Su corazón latió con violencia. Allí, sin duda, se hallaba Luperón. Al oficial que estaba más cerca le preguntó: "Cuál es Luperón?". El oficial señaló con la mano a un joven que iba montado en brioso caballo. Don Jorge exclamó, indicando hacia el sitio que el oficial le había señalado: "Ese que está ahí?". "Gollito?". "Sí, señor; Gollito: ése es el General Luperón". Don Jorge es-



tuvo a punto de caer de bruces. Nunca hubiera podido imaginar que aquel muchacho tan conocido de él, pero a quien no había tenido jamás sino como un ser anodino, pudiera ser el hombre que tanta y tan justa admiración despertaba”.

Concluyendo su peroración dijo el señor Troncoso de la Concha que la Academia de la Histo-

ria había encomendado a su individuo de número, Lcdo. Arturo Logroño, máximo orador de su generación, el discurso de alabanza del héroe, en lo cual estuvo sabiamente inspirada, no sólo por la selección del tribuno, sino porque en el Lic. Logroño eran atávicos el amor y la admiración a aquél gran dominicano, primera espada de la restauración de la República.

DISCURSO DE ORDEN

PRONUNCIADO POR EL ACADEMICO LIC. ARTURO LOGROÑO, SECRETARIO DE ESTADO DE LA PRESIDENCIA, EN EL ACTO PUBLICO I SOLEMNE CELEBRADO POR LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA, EN LA MAÑANA DEL DOMINGO 10 DE SEPTIEMBRE, EN HOMENAJE DEL HEROE.

Damas y caballeros:

En la tarde del 16 de Agosto de 1926 tuve el honor de pronunciar en la Puerta del Conde el discurso oficial en ocasión de la Apoteosis del héroe preclaro cuyo centenario festeja ahora, alborozada, la República.

Cúpome, entonces, el privilegio de saludar desde las centenarias piedras bautismales de la nacionalidad y en nombre del Gobierno nacional los despojos mortales del titán de Paso del Muerto, y de El Sillón de la Viuda y de Arroyo Bermejo y de Baní y de Guanuma y de San Pedro y de Sabana del Vigía; los despojos inertes de la primera espada de la Restauración, conducidos en hombros del pueblo entre fulgores de aceros marciales a hospedería eterna de gloria en la Capilla de nuestros inmortales.

Hoy, trascurridos trece años, la docta Academia de la Historia confía a mi palabra desmedrada el insigne privilegio de hacer, una vez más, el elogio del esclarecido soldado, y yo, agradecido y honrado, cumplo con devoto agrado el enaltecedor encargo que, por lo demás, bloquea todos los caminos de mi corazón.

Cuando mi palabra renueva hoy la apología de Luperón, lo hace inspirada por la misma devoción, ardiendo en la misma llamarada de entusiasmo frente a la personalidad de ciclópea envergadura del prócer restaurador, plena de unción y de recogimiento al recordar las gestas heroicas y patricias de aquel hombre extraordinario que es una de las personalidades mayores de la patria dominicana.

Por eso, fiel a mis ideas de hace trece años, sobre la grandeza epónima del héroe puertoplataño, reafirmo, más bien, con fervor carlyliano, mi devoción al ilustre guerrero. Este discurso mío de hoy es el mismo grano de mirra que hace más de dos lustros ardiera en juvenil ofrenda en la vieja Puerta del Conde, cuando bajo la curva siempre grávida de decisiones heroicas del Bastión de San Genaro los restos de Luperón emprendían la etapa final desde la sede nativa hasta la histórica Catedral, nuestro orgullo, sinfonía de piedra que no logró tampoco concluir aquel Shubert de la argamasa y de la sillería que se llamó Alonso Rodríguez.

Gregorio Luperón, es, sin duda alguna, una de las más altas y complejas personalidades dominicanas. Guerrero denodado, hombre de valor sin paralelo, escapado de un romance épico, político prestigioso, hombre de Estado, escritor de pluma mesurada y a ratos brillante, Luperón, nacido en la más desesperadora situación de desamparo, lo será todo en esta tierra y todo lo deberá a la virtualidad de su genio, a la opulenta siega de laureles que realiza su invicta tizona de combate y a la nobleza sin par de su gran corazón.

Nacido en Puerto Plata, hijo de Nicolasa Duperrón y de Pedro Castellanos, él declara en sus Notas Autobiográficas haber nacido “de una familia cristiana, hospitalaria, bondadosa y pobre”.

Para ayudar al sostenimiento de sus hermanas y de su madre, a quien adora, durante las noches es su oficio pescar en el mar, en las ma-

